

UN VIAJE SALVAJE

Me acuerdo perfectamente de ese día. Era martes 3 de mayo de 2016. El día anterior, nuestro profesor de lengua, a quien llamamos Pantalones Rosas (porque una vez vino a clase vestido con unos), nos dijo:

- ¿Os acordáis del libro de lectura que os dimos a todos a principio de curso?
- Sí...-respondimos todos.
- ¿El del Libro de la selva?
- Sí, ese. Pues quiero que lo traigáis, mañana vamos a empezar a leerlo.
- Jooo...-hubo una larga protesta.
- Y que no se le olvide a nadie que entonces tiene un negativo.- algunos sacamos nuestras agendas, otros, los más empanados, miraron a Pantalones Rosas con la mirada perdida.
- ¿Os habéis enterado?
- ¡Sí!-hubo algunos negunquños.
- ¡Venga! No os engadéis, que es más divertido de lo que parece.

Aquel lunes me fui a casa pensando en el Libro de la selva. ¿Sería divertido como decía Pantalones Rosas? ¿O no? Tenía ganas de saberlo. Nada más llegar a casa metí el libro en la mochila y me puse a hacer los deberes. Pero no podía concentrarme. Aquel libro me llamaba. Como si quisiese que lo abriera y me pusiera a leer. Pero me contuve.

Llegó el martes. Me encontré con mis compañeros en la puerta del colegio.

- ¡Eh tíos! ¿Os habéis traído el libro?
- Yo sí.
- Yo también.
- Ostras...-dijo uno tapándose la boca con la mano.
- Jo, a mí no me apetece nada leerlo. Parece un aburrimiento.
- Ya...
- Yo me quedé callado, pero hubo alguien que sentenció:
- Pues yo le voy a dar una oportunidad.
- Era Celia. Algunos le dirigieron miradas asesinas. Pero ella ni se inmutó:
- ¿Qué? A lo mejor es entretenido.
- Bueno, eso ya lo veremos-replicó mi mejor amigo Marcos.

Abrieron la puerta del colegio y entramos. Nos tocaba Física. Mis amigos se pasaron toda la clase burlándose de Celia. Una parte de mí se avergonzaba. ¿Por qué no había sido capaz de expresar mi opinión? Lo comprendí, tenía miedo. Por suerte, algo me distrajo. Se había acabado la clase de Física y tocaba Lengua. Lengua. Leer. El Libro de la Selva. Saqué el libro rápidamente de la mochila. Estaba im-

paciente y Pantalones Rosas estaba tardando mucho. Ahora que lo pienso, creo que no tardó tanto. Pero a mí se me hizo eterno.

Al fin, llegó. Pero antes de que pudiésemos empezar a leer tuvo que apremiar a los holgazanes y protestones para que sacaran el libro. Finalmente, lo consiguió y preguntó:

-¿Algún voluntario para empezar a leer?

Nadie dijo nada. Al verlo, levanté la mano bajo las miradas atónitas de mis amigos. No podían creerse que me apeteciese leer. En ese momento estuve orgulloso, me había dado igual lo que pensase la gente. Pero ahora sé que si no hubiese levantado la mano, nada de lo que te voy a contar a continuación habría pasado, pero lo hice, y ahora estoy aquí relatándote mi historia, mi aventura. Así que prosigamos.

Cuando levanté la mano Pantalones Rosas se puso contento y se sorprendió. Me dio el turno de palabra y comencé a leer:

-“Las colinas de Seboree parecían un horno. Padre Lobo, que había pasado todo el día durmiendo, se despertó. Se rascó, bostezó y fue estirando una tras otra las patas. Quería desprenderse de todo el sopor y la rigidez que se había acumulado en ellas. Madre Loba estaba echada. Su cabeza, gris reposaba en señal de cariño y protección, sobre los lobatos, cuatro animalillos indios y chillones. La Luna brilla...”

Súbitamente, la clase se desvaneció. Solo quedamos Celia y yo. En medio de la nada. Celia me miró y yo la miré y, de repente, aparecimos en una cueva, fría pero preciosa. La contemplamos durante unos instantes y fue entonces cuando reparamos en cuatro pequeños lobatos. Yo no sabía lo que estaba pasando, pero Celia parecía que sí cuando dijo:

-Ay, ay no... ¿Pero qué has hecho?

-¿Qué he hecho qué? -le pregunté, perdido - ¿Dónde estamos? ¿Lo sabes?

-¿Cómo que dónde estamos? ¡Pues dentro del libro! ¿Dónde vamos a estar?

-¿Qué? ¿Dentro del libro?

-¡Claro! ¿No ves los lobatos?

-Pero, ¿cómo hemos llegado aquí?

-Pues no lo sé, pero algo ha pasado mientras estabas leyendo. Creo que yo era la única que seguía la lectura, por eso estoy aquí contigo.

-Y, ¿cómo vamos a volver?

-¡No tengo ni idea! Pero lo que sé es que tenemos que irnos ya, porque esos

cachorros no hacen nada, pero como vuelva Madre Loba, o peor Padre Lobo...

-Sí, mejor vámonos, salgamos de la cueva.

Salí fuera y respiré el aire nocturno. La noche era preciosa, pero no tenía tiempo para observar. Divisé unos matorrales, y fui corriendo a esconderme tras ellos. Había oído un aullido.

-Padre Lobo vuelve de caza.-susurré.

Al esconderme tras los matorrales descubrí un bebé. Un bebé humano.

-¡Mowgli!-oí exclamar a Celia a mi espalda-Tenemos que llevárnoslo o vivirá toda su vida en la selva.

-Si ni siquiera sabemos como salir de aquí. ¿Quién es Mowgli?-repliqué.

-¿Es que no te sabes la historia del Libro de la Selva?

-Pues no, ¿cómo es que tú sí?

-Bueno...-se ruborizó-No hay tiempo para eso. Padre Lobo debe estar al llegar. Mowgli es este niño de aquí, que ha sido abandonado por sus padres. Si no nos lo llevamos pasará toda su vida en la selva.

Y antes de que pudiera protestar, cogió a Mowgli y corrió hacia el bosque. La seguí. Cuando llegamos al bosque me explicó:

-Estamos viviendo la historia del Libro de la Selva. Supongo que para salir de aquí tendremos que encontrar la aldea de Mowgli, devolverlo y buscar su biblioteca.

-¿Su biblioteca?

-¡Sí! Una vez leí que todos los mundos de los cuentos tienen un libro de cada mundo. Así que, en este mundo, el mundo de El Libro de la Selva, nuestro mundo es un cuento. Necesitamos encontrarlo y que tú lo leas en voz alta para poder volver a casa. Pero primero tenemos que salir de la selva. Así que, ¡andando!

Me quedé boquiabierto y paralizado. Tuve que correr para alcanzar a Celia que caminaba con el bebé en brazos.

-¡Vamos!-me apremió- A pesar de que está muy frío, Mowgli pesa un poco, tendremos que turnarnos para llevarlo.

-¿Hacia dónde vamos?

-Hacia el sur. Es donde queda su aldea.-dijo observando al bebé que jugueteara con su camiseta.-¿No tendrá frío?

-Toma, le dejaré mi chaqueta.

Continuamos andando hasta que ya no pudimos más. Acomodamos a Mowgli en unas hojas. Se había quedado dormido en mis brazos. Celia y yo dormimos.

por turnos.

Al día siguiente, seguimos con nuestro viaje. Todo fue bien hasta que oímos un rugido.

- ¡Depnisa, ¡escala el árbol! - exclamó Celia - ¡Te pasaré a Mowgli cuando estés arriba. Hice lo que me había dicho sin preguntarle. Estaba seguro de que Celia sabía lo que hacía.

- Es Shere Khan. - me aclaró cuando ya estábamos arriba - Odia a los humanos y quiere matar a Mowgli. Tenemos que protegerlo. Ah, es un tigre.

- ¿Un qué?

- shhh, se acerca.

Esperamos y vimos un tigre a nuestros pies. Olgoteó el aire y se alejó. Fui a bajar del árbol, pero...

- Espera - me sujetó Celia - volverá.

Y volvió. Aunque pasó de largo.

- Ahora ya puedes bajar.

Bajamos del árbol y continuamos nuestra caminata. Comimos unas bayas y bebimos agua de un arroyo. Así pasaron los días. Nos encontramos con Shere Khan 3 veces más, pero conseguimos despistarlo. También conocimos a Baloo y Bagheera, un oso y una pantera, que nos acompañaron durante un trecho y nos ayudaron a cuidar de Mowgli. Nos proporcionaron comida y nos guiaron, hasta que, un día, divisamos a lo lejos los tejados de paja de unas casas. Nos dirigimos hacia allí, y, por fin, al cabo de 2 días alcanzamos la aldea. Allí tenían 2 torreas, devolvieron a Mowgli y volvieron a casa.

La primera no fue tan difícil. Los padres de Mowgli, no lo habían abandonado, simplemente se había perdido. Desesperados como estaban, habían colgado carteles por todo el pueblo, y no nos resultó complicado encontrar su casa. Cuando estuvimos frente a ella llamamos a la puerta. Nos abrió un hombre pálido y con ojeras, con las hombros hundidos. Al ver a Mowgli se le iluminó la cara y fue corriendo a buscar a su mujer.

- Un momento - nos dijo, y salió corriendo - ¡Está aquí! ¡Está aquí! ¡Ha vuelto!

Volvió con una mujer, que no daba crédito a lo que decía su marido. Estaba cansada y triste, se le notaba en la cara. Pero cuando vio a Mowgli reaccionó de la misma manera que el hombre. Lo cogió y lo abrazó mientras le daba un beso tras otro.

- ¡Muchísimas gracias, de verdad, muchísimas gracias! - nos abrazó - ¡Pasad, por favor, pasad! - nos sentamos en unas sillas y nos ofrecieron comida y bebida.

- No sabemos cómo agradecerlos. ¿Hay algo que podamos hacer por vosotros?

Yo iba a responder que no, pero Celia se me adelantó:

- En realidad, hay una cosa que podréis hacer.

- ¿Qué es? lo haremos encantados.

- Pues, veréis. Necesitamos que nos llevéis a la biblioteca. - se miraron, sorprendidos, pero cumplieron nuestro deseo.

- Así haremos, acompañados.

Salieron de la casa, seguidos por nosotros. Anduvimos durante 10 minutos, y llegamos a la biblioteca. Nos despedimos de los padres de Mowgli y entramos.

Tras el mostrador, se encontraba el bibliotecario.

- ¿Tienen ustedes un libro que habla sobre unos niños que van al colegio?

- Mmmm... Creo que sí. Seguidme.

Nos guió por un laberinto de pasillos que parecía interminable, hasta que finalmente se detuvo delante de una estantería con ni más ni menos que 358 libros.

- El libro que buscáis tiene que estar aquí. - Celia y yo intercambiamos una mirada. Le dimos las gracias al bibliotecario y se marchó.

- Pues tendremos que revisar uno por uno todos estos libros - anunció Celia - Empieza tú por ahí, yo empezaré por aquí. - Estuvimos revisando 3 horas y 28 minutos, cuando de repente, exclamé:

- ¡Es este! - Celia corrió hacia mí.

- ¡Genial! ¡venga lee!

Comencé a leer, pero cuando ya llevaba 10 páginas, Celia me cortó:

- No sucede nada, este libro no debe ser la copia original. Voy a preguntarle al bibliotecario si la tienen.

Al cabo de unos minutos regresó, con un libro en la mano.

- Sí la tienen. ¡Es este! - Me tendió el libro - ¡con él lee!

Así hice. Leí. Y ocurrió lo mismo que había sucedido en clase. La biblioteca desapareció y nos quedamos en mitad de la nada. Reaparecimos, pero esta vez no en el cole, sino en el lugar donde empezaba la historia de nuestro mundo, el supermercado. Pero daba igual donde estuviéramos, estábamos contentos, en casa.

Nos abrazamos. Celia me dijo:

- ¿Sabes que hemos cambiado el Libro de la Selva para siempre? - yo le sonreí.

FIN